

Algunas reflexiones en torno al sufrimiento social y la cotidianidad en la conflictividad urbana de Medellín*

*Ayder Berrio**, Marisol Grisales****

[En contextos de guerra] la mayor parte de tiempo la gente está atendiendo las tareas rutinarias de su vida: comer, vestirse, bañarse, trabajar y conversar. Concebir la violencia como una dimensión de la vida, más que como un dominio de la muerte, obliga a los investigadores a estudiarla dentro de la inmediatez de sus manifestaciones.

(Nordstrom y Robben, 1995, p. 6)

* Este texto es producto de reflexiones anteriores desarrolladas en el marco del proyecto de investigación “La cotidianidad, el tiempo vivido y las marcas subjetivas de la violencia. Tras las huellas del sufrimiento social en la conflictividad urbana en Medellín”, financiada por el Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) de la Universidad de Antioquia. Agradecemos la colaboración y el acompañamiento constante de la profesora Elsa Blair y del estudiante de antropología Ramiro Osorio.

** Licenciado en Filosofía y magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad de los Andes. Investigador asociado al grupo “Cultura, Violencia y Territorio” (CVT) del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia (INER). Correo electrónico: ayderberrio@hotmail.com

*** Antropóloga de la Universidad de Antioquia. Estudiante de la Maestría en Historia de la Universidad de los Andes. Investigadora asociada al grupo “Cultura, Violencia y Territorio” (CVT) del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia (INER). Correo electrónico: solimecia@hotmail.com

Las conflictividades pasadas y presentes en la ciudad de Medellín han sido interpretadas a la luz de ciertas categorías de análisis construidas desde diversos ámbitos –la academia, el Estado, las ONG– que pretenden nombrar y aprehender el fenómeno desde distintas tipologías, clasificaciones o periodizaciones sobre los tiempos, momentos, causas, expresiones y formas del conflicto urbano. Es tanta la literatura sobre el tema desde los años ochenta hasta la actualidad, que ha llegado a hablarse de que el conflicto en Medellín está “sobrediagnosticado”. Creemos que no. En efecto, lo que ha ido perdiendo poder explicativo son las interpretaciones sobre el conflicto mientras este sigue su curso. Consideramos, en este punto, que un elemento rastreable en dichos argumentos radica en el hecho de que lo que se ha tratado de explicar en la ciudad no ha sido la violencia, sino su intensidad.

Lo anterior, según algunos estudiosos, ha generado una marcada acentuación en las propuestas centradas en explicaciones tendentes al mejoramiento de la configuración cultural de la ciudad y de sus procesos sociopolíticos, en detrimento de procesos más subjetivos que también intervienen allí, como las motivaciones, emociones y vivencias traumáticas de los sujetos que se han visto inmersos en los fenómenos de violencia en la ciudad. De ahí la necesidad de nuevos enfoques y de nuevas preguntas.

Desde el 2007, y tras finalizar el proyecto “De memorias y de guerras”¹ en el 2008, se hicieron evidentes los cuestionamientos que nos sirvieron de guía en esta propuesta de investigación. Si bien muchos de los enfoques anteriores han dado cuenta y nos han enseñado mucho sobre ciertos procesos y, sobre todo, “momentos” de la conflictividad en la ciudad, en tales enfoques no aparecen –o lo hacen muy tangencialmente– los sujetos que la viven, la padecen, la resisten (Ortega, 2008) y que, por supuesto, la viven como experiencia en momentos específicos que no siempre coinciden con los esbozados en estos análisis más generales.

1 Dicho proyecto constituyó un acercamiento a la memoria, las narrativas y el testimonio de las víctimas del conflicto urbano en las comunas 8 y 9 de Medellín.

Por ello, creemos necesario un acercamiento al tema desde la perspectiva del sujeto. Nuestro interés era percibir y explicar cómo la violencia se manifiesta en los momentos de mayor intensidad del conflicto y el modo en que permanece y se mezcla, constantemente, con otros procesos en la vida cotidiana de los sujetos, cuando la intensidad del conflicto ha menguado. Por ello nos preguntábamos: ¿qué procesos subjetivos atraviesan sus vidas luego de enfrentarse a la pérdida de sus seres queridos y/o a la transformación de su cotidianidad a causa de la irrupción de la violencia en sus vidas? ¿La temporalidad de la víctima será la misma que aquella que registran la academia y las instituciones gubernamentales a la hora de interpretar el conflicto urbano que vive Medellín? ¿Cómo pensar la relación cotidianidad, sufrimiento y temporalidad entre las víctimas de la violencia en Medellín?

Para responder a estas preguntas partimos de las historias de vida como estrategia metodológica, pues estas permiten un diálogo constante entre el pasado y el presente. En palabras de Sturken, “el pasado no permanece simplemente a la espera de ser descubierto: se reconstruye en y para los fines del presente” (citado en Neyzi, 2000, p. 7). En ese sentido, tomamos la opción de elaborar seis historias de vida en diferentes barrios de la ciudad que se encuentran ubicados en las comunas 1, 3, 8 y 9 de Medellín. Fue a través de la memoria de los sujetos sobre sus propios procesos históricos como se hizo posible reconstruir aquí lo continuo y lo cambiante de su trayectoria, su relación con la violencia y los impactos de esta en su vida cotidiana. No obstante, no hay que olvidar que al recordar desde el presente, el sujeto también hace una selección –consciente e inconsciente– de sus recuerdos para la reconstrucción de su historia de vida, y de la misma forma el investigador interviene en dicha selección.

A su vez, como estrategia analítica agrupamos a las personas entrevistadas desde una familia genérica, siguiendo la configuración más frecuente que se da en las familias de algunas de las comunas azotadas por la violencia en Medellín: madre (abandonada por su esposo al poco tiempo de llegar a la ciudad), hijo mayor, hijo del medio, hija, niño y novia (de uno de los

hijos de la madre, fallecido como consecuencia de la violencia). Esta familia “ficticia” nos ubica en el contexto de lo que pueden llegar a ser “lugares comunes” de muchas de las víctimas de la conflictividad urbana en nuestra ciudad, al tiempo que nos permite pensar los lazos que la violencia teje en la cotidianidad de muchas de las víctimas de la violencia. Es importante señalar que los testimonios recogidos son reales y fueron producto de un ejercicio etnográfico (trabajo de campo). Lo que “simulamos” como construcción narrativa es que sean miembros de una misma “familia”, cuyas características responden con bastante similitud a aquellas que han poblado los barrios periféricos y que han conocido una experiencia repetida de violencia. Antes que una gran cantidad de entrevistas, preferimos las historias de vida, dado que nos permitían plantear generalizaciones útiles para los propósitos de nuestra investigación.

La reconstrucción de dichas historias de vida partió de una premisa fundamental: mostrar que la experiencia de la violencia nos ha permeado a todos y cada uno de los individuos de la ciudad de Medellín de formas diferentes. Con ello no queremos hacer una generalización de la experiencia de la violencia para toda la ciudad de Medellín, pues los sentidos de la violencia varían tanto como las personas. Por el contrario, queremos señalar las formas diferenciales y relacionales con las que los sujetos articulan la violencia en su cotidianidad. Ahora bien, si la experiencia de la violencia ha marcado y dejado huella en todos los espacios que conforman la vida cotidiana, hemos decidido, como ejercicio ilustrativo, reconstruir los casos a partir de un mismo lazo narrativo: la familia.

El principal enfoque teórico que guió la investigación fue el de *cotidianidades*, abordada como un marco analítico que nos situara en la subjetividad y vivencias propias de los individuos que han padecido situaciones de violencia en la ciudad. A partir de ahí nos adentramos en la temporalidad como eje de análisis de la cotidianidad. No podemos negar que la violencia irrumpe en la vida cotidiana y que, dada su continuidad en el país, ha logrado extenderse a todos los ámbitos de la sociedad colombiana; pero es necesario hoy

en día que los investigadores sociales nos preguntemos por las formas como se vivencia en el ámbito particular dicho fenómeno o, en otras palabras, por las formas y prácticas cotidianas con las que, día a día, los sujetos interactúan; es decir, el investigador social debe preguntarse por los espacios y los tiempos particulares desde los cuales se narran los acontecimientos traumáticos, los procedimientos y las “maneras de hacer” (Certeau, 2007) particulares que le han permitido a “nuestra familia” permanecer en un entorno conflictivo.

En relación con la subjetividad, el eje de análisis fue el sufrimiento: nos preguntamos por la manera como el sufrimiento irrumpe en la cotidianidad del sujeto, causándole un cambio irreversible, justificable y elaborable o no desde su subjetividad (Das, 2008). Otra de las categorías que usamos para nuestro informe fue la de “sufrientes”, que nosotros preferimos utilizar como “sujetos-sufrientes”. Esta categoría nos resultó útil para abordar el problema de la violencia en la cotidianidad y, adicionalmente, nos permitió tomar distancia frente a la dicotomía “víctima-victimario”, que, para el caso de los conflictos urbanos, ha perdido su potencial explicativo como resultado de las reinterpretaciones políticas que ella ha generado.

De ahí, entonces, que propongamos la cotidianidad como el enfoque interpretativo que hizo posible situar la violencia en relación con las subjetividades y vivencias propias de los individuos que han padecido –y padecen– situaciones de violencia en la ciudad. Consideramos que por medio de los testimonios, estos sujetos-sufrientes despliegan las dimensiones subjetivas, espaciales y temporales vividas en la violencia, las cuales, de una u otra manera, permiten relativizar las periodizaciones y discursos desde los que se ha explicado la violencia en la ciudad. Estas vivencias, surgidas del entramado cotidiano y barrial que por décadas ha cimentado el conflicto, con todas sus variantes y altibajos, revelan una dimensión subjetiva: las experiencias cotidianas e historias que se inscriben y escriben en el conflicto, y que no se padecen de manera “pasiva”, sino que se reconstruyen, se descifran, se sobreviven y se resisten en el día a día.

La Novia

La experiencia de esta mujer ha estado atravesada por haber sido testigo presencial y víctima de la muerte de dos hombres muy allegados a su vida: el primero, su hermano, quien sufrió durante meses el hostigamiento, la intimidación y fue asesinado violentamente por rehusarse a formar parte de los “paracos” del barrio:

A él le habían dicho que si no se iba para las filas de los desmovilizados, lo mataban; nosotros a él nos lo llevamos de acá un tiempo, pero él dijo que él quería volver aquí a la casa otra vez, porque él no le debía nada a nadie; entonces el volvió y se vino a vivir acá.

El otro fue su segundo novio, pues del primero había quedado con sus dos hijos. Este segundo novio murió después de variadas intimidaciones, amenazas de muerte y ofertas forzosas de enfilarse en los “paras”. Murió en el hospital pocos días después de intentar suicidarse con un tiro en la cabeza:

Él se subió para la plancha, entonces yo no le presté mayor atención a eso. Cuando ya mi niño se vino para acá abajo, entonces yo me quedé arriba y le dije: “Mijo, ¿usted va a dejar esa ropa interior ahí, tirada en el piso?”. Entonces él me miró y no me contestó nada; entonces yo me devolví y sentí un disparo, sí, ahí arriba. Cuando yo me devolví a mirar, el cuerpo de él venía rodando por las escalas; entonces yo lo cogí a él y empecé a llamar a mi mamá. Cuando ella subió, se puso a llorar al verlo a él ahí, lleno de sangre; entonces ya vino y pidió auxilio para llevárnoslo para la clínica [...] Cuando él estaba aquí, estaba todavía vivo.

Quien sufre debe de alguna manera generar estrategias frente a su dolor, como manifiesta “La Novia” al visitar, en el Hospital, a su segundo novio, el cual yace en estado terminal luego de intentar suicidarse:

Vea, es que eso era lo yo le iba a decir ahora a usted: imagínese que el neurocirujano me dijo que él tenía muerte cerebral, y yo, hasta donde tengo entendido, cuando uno tiene muerte cerebral, uno no se puede mover, ¿cierto?, no hace ningún movimiento [...] Cuando ese señor me dijo a mí eso, yo me puse a llorar, y entonces él a mí me apretaba la mano cuando estaba llorando, y a él le salían lágrimas de los ojos; entonces yo le dije a ese médico: “Vea doctor, si usted me dice a mí que él tiene muerte cerebral, ¿entonces estos movimientos que él está haciendo por qué los hace?”. Y él me dijo: “Son movimientos involuntarios”. Y yo le dije: “No, yo a usted eso no se lo creo, porque cuando uno tiene muerto el cerebro, uno no siente ya nada [...] Vea doctor, usted me dice eso como médico, pero yo tengo fe en Dios de que él se va a aliviar, y usted no me la va a hacer perder”. Entonces ya, ese médico se fue y él se quedó ahí todo alterado. Él se alteraba mucho, me apretaba, y en ese aparatico que les colocan allá en la clínica, donde le llevan el latido del corazón, ahí se veía cuando él se alteraba, y yo a él le hablaba. Imagínese que yo a él le dije que si él me escuchaba que me apretara la mano, me diera alguna señal, y él a mí me apretaba la mano. La mamá también hablaba, o sea, no era obsesión que yo tenía de que él estuviera vivo, sino que la mamá también sentía lo mismo [...] Ya después del rato de yo estar ahí llorando diciéndole que no se fuera a ir ni nada, ya él dejó de hacer esa presión y ya. La enfermera me dijo que él ya se había muerto, que no llorara, o sea, que me sintiera yo satisfecha de que él se me había acabado de morir ahí en las manos (testimonio de “La Novia”, en Berrío y Grisales, 2011).

En la vida cotidiana, estos eventos inevitablemente permiten cierta banalización y rutinización de la violencia y de la guerra abierta, lo que va erosionando y transformando la cotidianidad –los tiempos y espacios vividos– de estos barrios. Tal vez lo que se genera con ello no es indiferencia, sino que se van reconstruyendo unas prácticas sociales estratégicas, entre el miedo y

el silencio, para sortear el fuego cruzado y conservar la vida y la de los suyos ante el peligro inminente.

No, no, o sea, es que por aquí –y todavía eso se da– hacen las cosas, le hacen daño a las personas y nadie dice nada, todo mundo se calla, porque les da miedo que los maten o algo; o no, a las personas les da miedo hablar por eso. Vea, es tanto así que debido a ese mismo miedo, a nosotros nos dio miedo denunciar a esos tipos, porque nosotras estábamos aquí. A él lo mataron a las 7:15 de la noche, ¿cierto?, y a las 8 de la noche vinieron y nos dijeron a nosotras que si los denunciábamos a ellos, nos mataban a nosotras. Entonces no les pusimos demanda a ellos ni nada, hasta hace dos años que ya yo fui y les coloqué la demanda y fue allá a la Alpujarra que me abrieron otra vez la investigación de ellos (testimonio de “La Novia”, en Berrío y Grisales, 2011).

Obligada a convivir en el día a día con quienes son sus victimarios, ha tenido que confrontarlos y evitarlos constantemente, lo cual la ha llevado a marcar diversos sitios del barrio como esquinas y calles prohibidas, zonas donde otrora sucedieron los asesinatos:

Ay, yo me sentía muy impotente, porque vea, uno saber quiénes son las personas que le hacen daño a la familia de uno, y no poder hacer nada, tenerse que quedar callado debido al miedo que de pronto le hicieran daño a uno o a alguien...

Ciertamente, es la reincidencia de estos personajes “victimarios”, su presencia casi “espectral”, la que (re)victimiza y hace que los traumas de un pasado violento sigan vigentes en sus memorias y en la vida cotidiana. La muerte de su hermano en el mes de diciembre, una época festiva, familiar para muchos habitantes de Medellín, ha significado un *lapsus* en las actividades, un quiebre en la cotidianidad. La muerte, la memoria violenta y el sufrimiento como experiencias latentes han estado presentes en “todos” los

diciembres de su vida, desde que él murió. En este sentido, muchas preguntas sobre el pasado son reiterativas. La incompreensión, la perplejidad y el sinsentido ante las pérdidas siguen siendo fuertes y determinantes en su vida, pese a los años que ya han pasado. Conviene anotar, en este punto, que “La Novia” no se permitió ir más allá en las entrevistas, porque prefería dejar las cosas así, pues su relato podía llevar a que su familia recayera en el dolor y, dado su papel como cabeza de familia, debía velar por su seguridad. Ante esto cabría preguntarnos: ¿qué tan ético era seguirle insistiendo?

A través de las múltiples experiencias e historias de vida de nuestra familia “genérica” hemos comprendido la relación directa entre los acontecimientos violentos y la vida cotidiana, al igual que hemos podido analizar cómo estos se articulan y diferencian en un entramado de relaciones complejas. Los acontecimientos no son hechos que puedan aislarse de las experiencias de vida particulares de cada uno de estos sujetos: estos solo son comprensibles a la luz de las propias vivencias, pues no existen acontecimientos sin alguien al que le ocurren (Merleau-Ponty, citado en Toboso, 2003). No obstante, tampoco son vidas aislables del contexto histórico que las produce; por consiguiente, como anota Heller (1998), “la reproducción del hombre particular es siempre la reproducción de un hombre histórico, de un particular en un mundo concreto” (p. 22).

Reflexiones finales

El hecho de que nuestra familia “genérica” padezca y elabore el dolor de la pérdida de un ser querido o sienta el padecimiento en carne propia, no implica que estén exentos de anhelos de retaliación o que no hagan uso de estrategias de resistencia que les permitan “empoderar” de alguna manera su situación desfavorable. Quizá allí radique nuestra propuesta de ver con otros ojos la dicotomía víctimas-victimarios que encarna tantas dificultades de orden moral. Esto no implica que desconozcamos la situación o justifiquemos acciones armadas, sino que tratemos de apelar a la emocionalidad

de los sujetos. Vale la pena recordar que lo que constituye a la víctima es su indefensión frente al abuso cometido, y no necesariamente su condición de superioridad moral basada en una “inocencia” mal entendida.

Para comprender la relación entre violencia y cotidianidad es necesario analizar la amalgama de situaciones que se han dado desde el pasado hasta la inmediatez más cercana. El tiempo de la violencia no responde solamente a la ubicación de unos actores en un momento determinado; el tiempo adquiere diferentes ritmos a través de la experiencia vivida, en la que se articulan diferentes acontecimientos, momentos, espacios, sentidos y significados. Esto permite pensar que la violencia no puede leerse solamente desde cronologías fijas, sino a la luz de la pluralidad temporal que se desliga de la experiencia vivida por los sujetos en situaciones de violencia. Allí se acumulan diferentes sentidos del pasado, del presente y de expectativas sobre un posible futuro.

En esta medida, la existencia humana cobra sentido, se resignifica en un tiempo y un espacio en constante cambio. Por ello, creemos que un enfoque estructurado de espacio-tiempo podría contribuir a una mejor comprensión del fenómeno de la violencia en el país o, por lo menos, al reconocimiento de otros aspectos ligados a la violencia que hasta ahora han pasado desapercibidos o son débilmente tratados. Este enfoque permitiría avanzar en la articulación de la violencia con la vida cotidiana y comprender cómo esta se mezcla y logra una continuidad tanto espacial como temporal en la vida cotidiana de estas poblaciones. Por tanto, este es un intento por ahondar en la situacionalidad del fenómeno, es decir, un llamado a comprender la historia de la violencia como un proceso de transformación continua (Hartog, 2009) que responde a diferentes ritmos, manifestaciones y experiencias tanto a nivel nacional como local. La comprensión de la pluralidad de la experiencia solo puede comprenderse a la luz de la articulación de esos fenómenos con la vida cotidiana.

Quien ha padecido el dolor en el tiempo, quien vive con él, exorcizado o no, el sujeto sufriente, ve amenazadas sus percepciones sobre la vida cotidiana que los demás damos por sentadas, es decir, se halla sin sustento o raíces que le aferren al mundo de todos los días; a veces, hasta su espacio y su tiempo parecen distorsionados. En efecto, su tiempo exterior y su tiempo interno no parecen estar coordinados, y no hay, por demás, un factor ordenador. Incluso, en ocasiones, el sujeto sufriente vive en un eterno presente que le impide realizar sus proyectos, o bien, vivenciar su cotidianidad; no obstante, en cualquier intersticio retorna hacia la vivencia del dolor. Valdría la pena preguntarnos: ¿cómo el sujeto-sufriente aprende a caminar de la mano de su dolor? ¿Se apropia el sujeto-sufriente de quienes también sufren a su alrededor, tratando de caminar de la mano con ellos?

Quizá uno de los mayores retos con los que se enfrenta el investigador social cuando aborda el sufrimiento es darle voz a ese dolor. Al respecto, Das (2008) plantea:

El discurso profesional, aun cuando hable de las víctimas, parece carecer de las estructuras conceptuales que permitan darles voz [...] Las estructuras conceptuales propias de nuestras disciplinas sociales conducen a una transformación del sufrimiento elaborado por profesionales que le quitan su voz a las víctimas y nos distancian de la inmediatez de su experiencia (p. 410).

Si bien la reflexión intelectual media entre la experiencia de la víctima y su discurso, quien investiga, una vez la interpreta, se apropia de la voz de la víctima y solo reconoce, en el discurso académico, la voz del experto. Este proceso de invisibilidad en ocasiones oculta las formas en las cuales los sujetos-sufrientes experimentan el acontecimiento traumático, aunque es evidente que en las entrevistas y testimonios recolectados por el investigador social solo se puede abordar la subjetividad de los hombres y mujeres de manera limitada, pues siempre hay un peligro frente al recuerdo y la

memoria. Sin embargo, esto no niega el papel ético y político de las ciencias sociales en la recolección de estas memorias, ya que es función esencial del investigador social permitir que esas experiencias del dolor privado pasen a la esfera de las experiencias de dolor articuladas en lo público. Una pregunta útil en nuestras discusiones, en términos de pensar la memoria y el sufrimiento, es formulada por Das (2008): ¿por qué la experiencia del sufrimiento es tan difícil de verbalizar para quien la sufre, y para el investigador es tan difícil escucharla, presenciarla y escribirla? (p. 476).

Los cuestionamientos que nos plantea Das son muy pertinentes a la hora de analizar la conflictividad urbana en el contexto actual de una ciudad como Medellín, ya que más que hablar de la reproducción cultural de esas violencias durante décadas, deberíamos hablar de la modificación cultural generacional y preguntarnos por aquello que está reproduciéndose y modificándose a diario en las comunas azotadas por la violencia, al igual que problematizar esos factores que influyen en tales reproducciones y modificaciones. Al respecto, haciendo un llamado a una adecuada interpretación, propia de nuestro papel como investigadores sociales, deberíamos abstenernos de construir narrativas completas de realidades y significados que cambian constantemente. De ahí que resulte tan significativo considerar que estos testimonios tienen asidero de manera importante en las condiciones sociales, lo que los elevan a la categoría de “comunicables”, aunque tales condiciones cambian con el tiempo y con el lugar en donde se originan.

En opinión de estudiosos como Aranguren (2008), esto no implica dejar de considerar que las experiencias vividas en contextos de violencia y sufrimiento lleven al límite, la mayor parte de las veces, la posibilidad misma de lo narrable: fracturan el lenguaje, develando lo impotente que resulta este para captar el horror de la experiencia extrema. Ante esto cabría preguntarnos: ¿cómo resolver esta tensión entre lo comunicable y lo innarrable? ¿De qué lado situar el dolor producido por la violencia?

Desde luego, quedan servidos algunos interrogantes: ¿cuándo y en qué circunstancias la vida individual deja de tener valor? ¿Qué probabilidad hay de que las ciencias sociales se abran al dolor del “otro”, desde una ética de la responsabilidad antropológica? ¿Hasta qué punto hacemos cosas que tocan más al sujeto-sufriente y que van más allá de nuestras agendas de investigación?

Referencias

- Aranguren, J. P. (2008). El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha). *Nómadas*, 29, 20-33. Bogotá: Universidad Central.
- Berrío, A. y Grisales, M. (2011). La cotidianidad, el tiempo vivido y las marcas subjetivas de la violencia. Tras las huellas del sufrimiento humano en la conflictividad urbana de Medellín, 2010-2011 [informe inédito de investigación]. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, Giard y Mayol (1999). *La invención de lo cotidiano II: habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Das, V. (2008). Etnografías de la cotidianidad. En Ortega, F. (Ed.). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 407-494). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana - Universidad Nacional de Colombia.
- Hartog, F. (2009). Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global. *Anthropos*, 223, 144-155.
- Heller, Á. (1998). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.

- Neyzi, L. (2000). Recordar que hay que olvidar: sabetianismo, identidad nacional y subjetividad en Turquía. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 24(2), 5-29. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Nordstrom, C. y Robben, A. (1995). *Fieldwork under fire: contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: University of California Press.
- Ortega, F. (2008). Rehabilitar la cotidianidad. En Ortega, F. (Ed.). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 15-69). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana - Universidad Nacional de Colombia.
- Toboso Martín, M. (2003). Tiempo y sujeto: nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo. *A Parte Rei*, 27. Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei>
- Schopenhauer, A. (1984). *La sabiduría de la vida. En torno a la filosofía. El amor, las mujeres, la muerte y otros temas*. México: Porrúa.